

tudiantes, porque para aprender las ciencias, si no sabemos al que todo lo sabe, ninguno será nuestro saber. Lleno estaba de noticias S. Pablo, y no obstante confesaba, que no sabia mas que á Christo crucificado; porque si ignorara á este ¿de qué le servia lo demás? S. Luis Beltrán aprendió la ciencia de los Santos en un libro solamente, y este libro era Christo. Y finalmente, lo que he visto en mi Religion es que los mas Religiosos, y ajustados han sido siempre los mas doctos. Procuraba imprimir en sus corazones la devocion de María Santísima en su Sagrado Rosario, que aunque carecieran de mucho entendimiento, lo conseguirian por la intercesion de esta Señora; que no fuera la primera vez que ha dado inteligencia, y letras á los muy rudos, é ignorantes. Con este tan santo método crecian á un mismo tiempo en letras, y virtud, y así sacó á un mismo tiempo Estudiantes, y buenos Religiosos. Atendianle sus discípulos, no solo como á Maestro, sino que lo miraban como á Padre; que el discípulo que no ama á quien le enseña, ó aprovechará poco, ó no será su ciencia sabida, porque este agradecimiento debe ser de justicia, y Dios como tan justo, le pagará con darle la mejor ciencia, que es la que aprovecha para el propio bien del alma.

En este tiempo que estuvo leyéndoles Artes, divertido todo en cumplir con la obligacion, llegó á estar tan pobre, que ni aun túnica interior tenia, y se rodeaba al cuerpo un escapulario para tolerar el frio: nunca mas contento, porque se alegraba grandemente quando le faltaba aquello mas necesario, y preciso. Suplió tambien en este mismo Convento el oficio de Maestro de Novicios, que exercitó con grande aprovechamiento de aquellas nuevas plantas. Todo el bien de una familia depende sucesivamente de criar bien los hijos; porque así de generacion en generacion van siendo buenos, si los criaron bien, como malos, si hubo en su crianza defecto. Las grandes familias de las Sagradas Religiones se mantendrán en la Regular Observancia mientras se pusiere cuidado en criar bien á los pequeños. Ha de estar la cera blanda para que se imprima bien el sello. Quando mandó Dios á Ezequiel que grabára en un tosco ladrillo la Ciudad de Jerusalem, entiende el Gran Padre S. Gregorio (a) por aquel ladrillo el corazon humano, donde se han de grabar las cosas del Cielo; pero advirtió

(a) D. Gregor. 2. p. cap. 20. & hom. 12. in Ezech. Ly-

Lyra (a), que habia de estar crudo el ladrillo, porque si estuviera endurecido el barro, no pudiera con perfeccion delinearse (b). *A pueritia* se han de imprimir las leyes para que queden en las almas bien grabadas. No se descuidaba el Siervo de Dios en cosa que importaba tanto; y así tenia á los Novicios, y de Casa de Novicios, retirados, contentos, y observantes de las Sagradas Leyes, porque hallaban en él verdaderamente Maestro que los enseñaba, Padré que los queria, y Juez que los castigaba: que ha de haber amor, y rigor: si todo es amor, será una vida relaxada: si rigor todo, una esclavitud penosa; y no deben ser tratados como esclavos, los que han de ser libres por la gracia. Hallaban uno, y otro en el Siervo de Dios, y así aprovechaban, y vivian muy contentos.

En una ocasion, yendo con los de Casa de Novicios á una Casa de Campo, dos leguas distante de Goatemala, en tiempo que dá recreaciones el Convento para entrar con mas vigor en la observancia (que es menester afloxar el arco algunas veces, para que nuestra flaca naturaleza no se rinda), sucedió que el demonio, como nunca duerme, y siempre está con las armas prevenidas para aquellos que no van por sus perversos caminos, le quiso hacer un tiro no menos que contra su pureza: saeta tan aguda y pestilente con que ha herido á muchos, y se ha apoderado de sus almas. Vivió en esta parte castísimo este venerable Padre; pues en lo parco del comer, en lo compuesto de sus sentidos, en huir los riesgos, en no querer siquiera dar la mano para que se la besasen, en lo penitente, y austero de su vida, se conocia la pureza que guardó en su alma, y cuerpo. Y aun testifica un Religioso de este Convento de S. Pablo, que lo confesó varias veces en los últimos dias de su vida, que hizo juicio de que perseveró toda su vida sin manchar su pureza. Yendose, pues, á recoger á un quarto, en donde tenia prevenida su cama, halló en ella á una muger: asustóse de modo, que sin hablar palabra, ni dar cuenta á nadie, aparejó una mula; y no reparando en que era bien entrada la noche, y en que no sabía el camino, no obstante le pareció que no estaba seguro, si no ponía tierra en medio; que para vencer semejantes tentaciones, son las mejores armas el huir. Salió de la hacienda de campo sin ser visto, y enderezó ácia Go-

(a) Lyr. hic. (b) In Reg. S. August.

temala su camino; pero en medio de él se le asombró de tal modo la mula, que fué milagro no haberlo despeñado, sin poder descubrirse causa natural de espanto; pero como era buena la fuga, puso su confianza en Dios, acordándose que como Joseph dexó la capa en manos de su Señora por semejante caso, y le favoreció el Cielo, no podia este dexarlo en peligro, pues abandonó la quietud de su cama por huir el riesgo. *Ave María*, dixo, lleno de confianza en el Señor, y la Señora, y al instante se sosegó la mula, y llegó con presteza á su Convento, donde dió gracias á Dios, que lo habia librado de aquel riesgo.

En este mismo Convento estuvo unos dias supliendo en una doctrina; y advirtiéndole, que segun el número de los vecinos, eran muy pocos los niños que traían á bautizar, hizo exquisitas diligencias en orden á saber cuál sería la causa, porque no podia persuadirse que sería por dexarlos idólatras, siendo todos ellos Christianos; y en fin, averiguó que por no pagar los derechos Parroquiales cometían tan enorme maldad. Sintió esto el Siervo de Dios, como debe ser sentido, pues es cierto que arguye poca fe, mucha ignorancia, y una exécrable miseria; pues por tener la dicha de entrar por la puerta de la Iglesia, se debia dar quanto este mundo aprecia, y el precio de mil mundos que hubiera. Mandó juntar el Pueblo, y lleno de un santo zelo, les reprehendió su gravísimo pecado, mandando que al otro dia traxeran á la Iglesia quantos no estuvieran bautizados. Vinieron bastantes, y algunos de crecida edad, que fué altísima providencia que fuera este Padre á este suplemento, para que con su cuidado reparara en lo que los otros no habian advertido. Bautizólos á todos; y llegando los Padres de algunos á pagar los derechos, arrojó en el suelo los dineros, diciendo, que no queria oro, ni plata, ni otra cosa de la tierra, que solo miraba por el bien de sus almas, y que estas le habian de llevar todas sus atenciones, que son las que para siempre duran; y en fin, tales fueron las cosas que les dixo que los dexó arrepentidos de lo hecho, y con propósito de no volver á cometer semejante pecado.

No cumpliera con su ministerio el Sol, si repartiera solo en un Emisferio sus luces: es preciso que comuniqué á todo el mundo sus rayos. Ni las nubes hicieran bien su officio, si solo en una parte de la tierra derramáran sus aguas: deben correr para beneficio de la tierra, y dar sus lluvias no en una parte sola, sino en mu-

muchas. Son los Predicadores Evangélicos Soles, que deben alumbrar, y calentar el mundo: son nubes, que deben correr por el Cielo de la Militante Iglesia, para fecundar con el agua de su doctrina la tierra de los humanos corazones; y como aquellos no cumplieran estándose parados, y sin exercitar con su continuo movimiento la obligacion para que los crió el Autor Natural, así estos, como soles, y nubes, no paran en su curso para obedecer rendidos al sobrenatural Autor. Mucho tiempo estuvo en Goatemala nuestro Venerable Padre, aunque nunca parado; pero digo mucho, porque fué donde mas perseveró; y sin duda fué conveniente que aun siendo el Sol presidente del dia, hay tierras que las dexa por seis meses en obscura noche. Sañó de Goatemala con ánimo de pasar á Caracas; y embarcándose en un Navío pequeño de pocas fuerzas, y con solos veinte hombres, á pocos dias divisaron un Navío de Piratas, que, como conocieron despues que se acercó, era de quarenta piezas, y trahia cerca de quinientos hombres. Desfallecieron todos, y mas que todos el Capitan; porque veía que las pocas fuerzas, y gente de su Nao no podia resistir á la fortaleza del otro; y mas conociendo que aquel mismo le habia quitado en otra ocasion otro Navío. Animóle el Siervo de Dios, diciéndole que confiara en María Santísima, y en la eficacia, y poder de su Sagrado Rosario, que sin duda los libraría de aquel riesgo; pero estaba el Capitan tan ocupado del miedo, que solo atendia á la pérdida de su Embarcacion, sin dar asenso á otra cosa. Viendo en este la poca fé, y acercándose el peligro, puso nuestro animoso, y confiado Padre la gente en orden, mandándoles que todos abrazasen el Rosario por escudo, y que al disparar qualquiera pieza, ó al oír disparar á los contrarios, dixeran: *Ave María*. Obedecieron puntuales el orden, menos el Capitan. Llegó el Navío enemigo á tiro de cañon; y disparando una andana, á la primera bala saltó una astilla que hirió muy mal al Capitan, de manera, que fué necesario retirarlo debaxo del escotillon. Los demas, quedando por Capitan nuestro Venerable Padre, disparaban sus piezas con el orden que les habia dado; y fué tal del *Ave María* el poder, que á pocos lances quedaron de los enemigos muchos muertos, y otros heridos, y el Navío haciendo mucha agua; de modo, que se vieron obligados á huir. De los pocos que venian en la Nao en que el Siervo de Dios estaba, solo quedó herido el Capitan por incrédulo, y en el Navío señaladas las balas, sin

haberle hecho mal ninguno. Llegaron al Puerto, y saltando en tierra, fueron todos á la primera Iglesia, en donde dieron gracias á Dios, y rezaron el Rosario á la Virgen, quedando de allí adelante todos muy devotos de nuestra Señora, y su Rosario; y en particular el Capitan, que habiendo visto el castigo de su incredulidad, y el beneficio al mismo tiempo de haber salvado su Navio, conociendo uno, y otro, hizo propósito de llamar en sus riesgos á María Santísima, y no dexar en su vida la devocion del Sagrado Rosario.

Habiendo entrado en la Ciudad, se fué al Convento; y tomada la bendicion, pidió al Prelado licencia para predicar, la que obtenida, comenzó su Apostólico oficio, predicando las excelencias de María Santísima, y de su Santo Rosario. Hubo en toda la Ciudad una general reforma, é imprimió en los corazones de sus oyentes una ternísima devocion á la Virgen, y su Santísimo Rosario; de modo, que en calles, Iglesias, y casas, no se oia otra cosa, sino alabanzas á la Virgen Santísima en su Sagrado Rosario; y como en una misma Ara no pueden estar Dagon, y Arca, no son compatibles devocion á María, y perseverancia en las culpas. Salían del corazon los pecados, por las confesiones que se hacian con llantos, y gemidos, para que entrara en el Altar del humano corazon esta mystica Arca. Estando nuestro Venerable Padre en tan santo empleo, supo que algo distante de la Ciudad estaba una Religiosa, que habia tiempo que no se confesaba, y ni el exemplo de las demas, ni los mandatos de sus superiores eran parte para que obedeciendo, dexara el mal estado en que la tenia el demonio. Es este infernal enemigo amigo de buen bocado; y así suele echar el resto de su malicia en aquellas personas que por su estado están mas retiradas, con mas conocimiento de Dios, y suelen tener mayor caudal de buenas obras, y virtudes. Era dificultoso el camino, porque se vadeaba un rio rápido, y peligroso; y no obstante, como la caridad todo lo puede, y todo lo tolera, no le faltaron fuerzas para el riesgo, ni sufrimiento para el trabajo; porque le ponderaba una alma que se perdia ciertamente, mas que el riesgo que podia padecer en su persona. Montó en una mula, y llegando al rio, reconociendo, á su parecer, que estaba allí el vado, entró; pero á pocos pasos se hundió la mula, y el ginete. Sacó nuestro Siervo de Dios la cabeza, y en alta vox dixo: *Ave Maria!* Singular virtud de estas palabras! Ha di-

dicho muchas veces María Santísima, que son á sus oídos dulces, porque le renuevan los gozos que tuvo en la Sagrada Encarnacion del Verbo: y dando gusto á los que tienen de nuestro Dios el poder; cómo no han de ser poderosas para librarnos de todo riesgo, y peligro? Apenas las pronunció, quando con un ímpetu grande salió la mula á tierra, y el venerable padre, quedándose muerta la mula en aquel mismo instante. Salió, ya se vé, todo mojado, y fatigado del susto; y aunque es verdad que quien hizo que saliera, podia tambien sacarlo enjuto de las aguas, no obstante quiere Dios que á golpes de trabajos labren su corona los Justos.

Quedaba desde el rio al Convento un buen pedazo de tierra, aunque muy mal camino para andarlo á Caballo, quanto mas á pie. Pero como siempre el Siervo de Dios, imitador en quanto pudo de su padre, y nuestro, Santo Domingo, traía en estas ocasiones á la memoria los caminos, y trabajos que padeció su Padre por entrar en el camino de la salvacion las almas que iban descarriadas, y perdidas, todo se le hacia facil; y así prosiguió mojado, y muerto de hambre al Convento, al qual habiendo llegado, dixo, que le llamáran á aquella ovejita perdida, por quien el Buen Pastor dexó las noventa y nueve en el desierto, y cuidadoso la buscó hasta hallarla (a), poniéndola sobre sus mismos hombros. Vino esta, y preguntándole el buen Padre si era verdad que habia mucho tiempo que no se confesaba, le respondió: Sí, Padre: diez años há que no me confieso, y ni me confesaré el tiempo que viviere. Desgracia grande es quando cae la criatura en un pecado grave; pero sin comparacion es mayor, quando se está de asiento en la culpa, porque llega á quedar insensible de la llaga que le quita la vida del alma. ¿Es posible, hija, le dixo, que estando en la Casa de Dios, en el Jardin del Esposo, haya dexado criar tantas espinas en su alma, que haya pasado de huerto de las delicias de Dios á ser campo conculcado de las fieras infernales? ¿No sabe que hay Médico, y medicina en Israel? ¿Ignora por ventura, que es mas facil labrar la tierra que ha sido otra vez cultivada, que la que nunca fué labrada? ¿Cómo así quiere perderse la que en la profesion recibió por Esposo á Jesu-Christo, tan infinitamente bueno, que con solo sentir el haberle ofendido, bastará para que olvide las ofensas que contra su bondad ha cometido.

(a) Luc. cap. 15.

tido? Ea, baste ya, hija, baste ya de ignorancia: llegue, llegue á los pies de Jesus, muy cierta de conseguir de sus culpas el perdon. No pudo el Venerable Padre ablandar con las encendidas saetas, que en vivos afectos salian de su boca; aquel endurecido corazon, y así se vió obligado á echar por el atajo. Haga por mí una cosa, y por el bien de su alma, le dixo. Desde hoy récele el Rosario entero á la Sagrada Virgen María, poniendo por intercesora á esta gran Señora con su Hijo, para que le alcance lo que mas le conviene para el bien de su alma. Padre, en hora buena sea, le dixo, así lo haré; y despidióse el Venerable Padre con mucha confianza en la Reyna de los Angeles, que le habia de sacar de las garras al demonio aquella pobrecita, y miserable alma.

Volvió á su Convento, y la Religiosa empezó á cumplir su palabra. O maravillas de Dios! Admiranse los hombres, quando consideran la diversidad de las cosas que sacó de la nada la Omnipotencia, y no se pasman, porque no lo consideran, que cada dia saca de la nada de la culpa al sér de la gracia á los miserables pecadores. Al quinto dia de haber cumplido con rezar el Santísimo Rosario, tocó Dios aquel endurecido corazon. ¿Quién duda que sería por ruegos de su Madre, que no sabe negar lo que pide esta Señora? Lo mismo fué llegar el tocamiento, que convertirse en cera blanda su dureza. O miserable de mí! (decia arrepentida) ¿cómo he estado hasta aquí tan ciega, que no he visto mi daño? ¡O bondad inmensa! Bien se conoce que es infinita tu piedad; pues estando contra tí por mis pecados, no has negado á la tierra que me sustente, al ayre que me dé respiracion, al agua que me alivie, y al fuego que me caliente. ¿Cómo ingrata dexé ir aquel Ministro, que tu misericordia me envió para bien de mi alma, y que con tanto riesgo de su vida vino á solicitar todo el bien? ¿Lo llamaré, Señor? ¿Vendrá otra vez, exponiéndose á los mismos riesgos para darme la vida, que me falta? Ea, que sí; que siendo vuestro Ministro, lo habeis de vestir de la rica tela de vuestra misericordia. ¿No me dexó por asilo á la que es Madre de piedad? ¿No experimento, mediante su intercesion, mudado mi pertináz corazon? Pues habiendo empezado obra tan de vuestro agrado, ¿cómo puedo dexarla comenzada, y no llevarla hasta el fin? Ea, que sí vendrá, yo me determino á llamarlo en vuestro nombre: cierta estoy en que vuestras obras son perfectas: dad, Señor, la última perfeccion á esta que empezó vuestra piedad. Ya lo llamo, ya

ya lo espero, ya le pido á sus pies rendida perdon de mi dureza. Toda bañada en lágrimas se fué á los pies de la Prelada, pidiendo, le con todo rendimiento, que enviára á llamar á aquel Religioso, porque queria confesarse. Vistióse de alegría el Cielo de aquellos Claustros, viendo la penitencia de esta alma, como se regocija el Cielo en la conversion de un pecador: enviaron á llamar al Siervo, de Dios. ¿Quién duda que fué este de los dias buenos, que tuvo, el mejor? porque como todo su deseo era traer almas á Dios, la fruicion de lo que se desea es el complemento del gozo. Púsose inmediatamente al aviso en camino; y aunque volaba su deseo, le parecian sus pasos perezosos. Llegó; y habiendo visto las lágrimas que de dolor vertia su penitente Monja, empezó á derramar las suyas nuestro Venerable Padre, ya de gozo, ó ya porque, como otro Pablo, lloraba con los que lloraban, y se consolaba con los que tenian consuelo.

Púsose á confesar generalmente á su arrepentida Religiosa, que gastó en hacer su confesion, con las instrucciones que el Siervo de Dios le daba, quince dias, quedando este satisfecho por las muestras que daba de su verdadero dolor, y la Religiosa sumamente consolada, rindiendo á Dios las gracias, á Maria Santísima su Madre, y al Venerable Padre, por quien habia alcanzado tanta dicha. Encargóla que toda su vida rezára el Rosario entero de la Virgen, considerando los Misterios que contiene de la infancia, Pasion, y Gloria de Christo nuestro Bien, lo qual observó con tanto cuidado, y aprovechamiento, que viviendo una vida exemplar, murió con opinion de Santa. Volvió el Siervo de Dios al Convento de Caracas, y á pocos dias salió otra vez para Goatemala. Verdaderamente que puede hacer dificultad ver los caminos que hizo, las navegaciones que corrió, los trabajos que sufrió, y esto en el tiempo de veinte años, muy poco mas, ó menos. Salió de Salamanca de edad de veinte y seis á veinte y siete años, dexando las conveniencias, y honras que por su habilidad, y estados le podia dar aquel Religiosísimo Convento; y mirando solo á la salvacion de las almas, á todo dió de mano. Pasó á las Indias, estuvo en Goatemala, donde, como dixe, leyó Artes, y se ocupó en otros ministerios. Pasó á otras tierras distantes: estuvo en Caracas. Volvió á Goatemala, de allí vino á las Islas de Canarias, de Canarias á España, de España á Roma, de Roma volvió á España, y de esta se embarcó otra vez en un Navío que hacia viage por Negros. Estuvo en los Puertos de Ca-

Cabo-Verde, y Angola. Prosiguió su viage á Lima, al Potosí, y otras Partes. De Tierra Firme volvió á Canarias, donde se detuvo tres años. De Canarias vino otra vez á España, y de aquí volvió á Roma, y de Roma á Sevilla, donde murió.

Pero si no nos quedamos en esta vista primera, sino que consideramos el fin de este Apostólico predicador, el Señor á quien servia, y el fin que en todos sus caminos tenia, hallaremos facil lo que parece á la primera vista dificultoso. Viven los buenos duplicada vida, porque gastan bien el tiempo, y así tienen tiempo para todo: comen poco, duermen menos, y así duplican los años. En una ocasion le sucedió en este Convento, que se descuidó en cerrar la Celda por dentro: llegó un Religioso muy de madrugada, y lo halló encima de su pobre cama con hábito, y capa. ¿Por qué no se desnuda, le dixo, si quiera para que descanse algo ese pobre cuerpo? Mire con lo que viene ahora, respondió: no me acuerdo quando me he desnudado. Pues considere ahora el Lector: Un hombre todo entregado al bien de las almas, sirviendo á Dios en lo que á Su Magestad mas agrada; siendo este Señor de infinito poder, y que en él es la criatura de poder inmenso, como dixo S. Pablo: *Omnia possum in eo, qui me confortat*: que su fin era solo la mayor honra, y gloria de Dios, y que ni en comer, ni en dormir, ni en vestirse, ni desnudarse gastaba tiempo, ó era muy poco el que gastaba; hallará que duplicando los justos la vida, hacen tantas cosas, que parecen á los ojos de la carne imposibles; pero mirando en quién, y por quién las hacen, muy posibles. Pondré de estos continuos viages los casos mas singulares que le sucedieron, con el mejor orden que hasta aquí se han podido averiguar, hasta que Dios quiera que inquiridas sus obras, y acciones, salga en toda forma la vida de este excelente Varon, para mayor honra, y gloria de Dios, y provecho de los Fieles.

Volvió, como dixe á Goatemala, y desde allí pidió licencia para pasar á España, que obtuvo con facilidad; y esta fué la primera vez que se vió con dinero el Siervo de Dios, y ese acompañado con maravillas, y prodigios. Vendió los pocos libros que tenia, y de ellos, y de algunas limosnas que le hicieron personas devotas, juntó hasta unos setecientos pesos. Entrególos al Prior del Convento para que se los guardase mientras se disponia el viage. El prelado los puso en una gaveta de su escritorio, solo con un papel encima. Salió una tarde la comunidad á recreacion al campo; y unos

la-

ladrones, valiéndose de la ocasion, y de la soledad del Convento, entraron en la Celda del Prior por el techo de la misma Celda, y descerrajando el escritorio, hicieron pedazos las gavetas para sacar quanto en ellas habia. Vino á la noche el Prior á su Celda, y mirando el destrozo que habian hecho los ladrones, envió inmediatamente á llamar al Siervo de Dios para que viera lo que aquella tarde habia sucedido. Vino este, y admirados, llegaron al destrozado escritorio; y siendo así que todo estaba hecho pedazos, y la gaveta tambien en donde estaban los setecientos pesos, se hallaron tan cabales, que ni un real de á ocho faltó.

Este suceso puso en cuidado al Siervo de Dios, discurriendo que Su Magestad guardaba aquel dinero para alguna obra de su agrado; y esto lo aprehendió tan firmemente, que aunque se vió con algunas necesidades en este intermedio de tiempo, nunca se atrevió á gastar ni un real de aquel dinero; siendo así que no fué escaso, porque no le habia de faltar, ni le faltó la virtud de la liberalidad. Embarcóse para España, y con una tormenta que padeció el Navio, arribó á la Isla de Tenerife en las Canarias. Saltaron en tierra, y corriendo la voz de que venia allí un Religioso de Santo Domingo, le instaron que fuese á confesar unas Beatas muy virtuosas de su mismo Orden, pero no pudieron conseguir con él que fuese; y así, sin verlas se volvió á embarcar para España. La que entre estas Religiosas hacia oficio de Priora, era muger de singular virtud, y deseaba hablar al Siervo de Dios, no sin especial aviso del Cielo, como se verá; y así dixo, oyendo la repulsa: Déxenlo ir, que aun todavía me ha de venir á ver. No puede ser Madre, le dixeran, porque está embarcado, y el Navio para hacerse á la vela. No importa, respondió, que no se ha de ir á España sin verme. Y fué así; porque tres veces salió el Navio del puerto, y otras tantas los vientos lo volvieron á entrar en él. Visto esto por el Venerable Padre, conoció que era voluntad de Dios el que viesse, y confesase á aquellas santas mugeres. Fué á verlas, y halló unos espíritus verdaderamente buenos, una virtud sólida, y una vida agradable á Dios.

Bendita sea para siempre tan amable Magestad, que así ha mirado por esta Tercera Orden, que fundó su Siervo Santo Domingo! pues en todas partes, y en todos tiempos han florecido en ella tantas almas de conocida virtud, y de vida tan excelente, que muchas están en el Catálogo de los Santos, y casi infinitas de vidas

ca-

canonizables, como se puede ver por las Historias de esta Religión. Halló el Venerable Padre á estas santas mugeres, si ricas de virtudes, pobrissimas de cosas temporales; porque ni tenían que comer, ni hábitos que ponerse: y al punto conoció que Dios le habia guardado aquel dinero para que hiciera esta limosna. Vistiólas á todas; y conociendo que deseaban tener alguna casa en donde vivir para Dios, determinó de labrarles un modo de Convento, ó Colegio, donde se recogieran quince mugeres, en reverencia de los quince Misterios del Santísimo Rosario; y con licencia del Ordinario, se entraron en clausura, con Misa dentro de la misma Casa en un Oratorio pequeño, y les dió palabra de que volvería á Indias, dándole licencia para juntarles algunas limosnas, y ensanchar, y perfeccionar el Convento; y así, dexándolas muy consoladas, se vino la vuelta de España.

De allí prosiguió su viage para Roma; y habiendo en esta tomaído la bendición del Reverendísimo Padre Maestro General, de quien fué benignamente recibido, porque ya habian llegado á aquella Corte noticias del fruto que habia hecho con su predicacion en algunas partes de la Nueva-España, tuvo larga conferencia con el Siervo de Dios; y habiéndole dado cuenta de la obra, que dexaba comenzada en las Canarias del Convento de aquellas santas mugeres, le dió licencia, y aun le mandó con precepto, que juntara limosnas, y diera fin á lo que habia principiado, siendo tan del servicio de Dios. Detúvose algunos dias en Roma con gran consolacion de su espíritu, visitando todos los Santuarios de aquella Santa Ciudad, y alcanzando muchas indulgencias para sí, y para muchas personas; porque salió de Roma con ánimo fixo de volver á Indias á proseguir su Apostólico Oficio, como de hecho lo continuó con el fruto que en adelante veremos.

Dió la vuelta para España, y en Cadiz se embarcó en un Navío que iba por Negros. En este viage padeció muchas tormentas; y si bien se advierte, todo lo mas del tiempo de su vida fueron riesgos, peligros, cansancios, hambres, desnudez y contradicciones, aun de sus mismos hermanos; y así pudo decir con el Apostol (a): Que tuvo peligros en los rios, en los mares, en las soledades, en las Ciudades, y en sus hermanos; pues muchas veces se vió perseguido, murmurado, y aun despreciado, hasta que se llegaba á conocer

(a) 2. Ad Corinth. cap. 11.

la verdad, el fervor, y zelo de su espíritu. Arribó el Navío, libre ya de las tormentas, á un puerto, donde suelen hacer algunos empleos, y donde le sucedió al Siervo de Dios un caso bien singular. Apenas tomaron tierra, quando se llegó á él el Obispo de allí, que era un Religioso del Seráfico Padre S. Francisco, y abrazándolo ternísimamente, le dixo, que estaba resuelto á dexar aquel País por los graves pecados que en él se cometian contra Dios. Bien se conoce en su sentimiento, y afliccion, que era hijo del espíritu de tal Padre; pues solo se ha de sentir en esta vida el ver que ofenden con pecados los hombres á la Suma Bondad de nuestro Dios. Hay unos bandos crueles (prosiguió el Santo Obispo) de que se siguen muchas muertes. Dias pasados le quitaron á lanzadas la vida al Dean de la Catedral; y las maldades, é insultos que cometen, van creciendo por horas. Están excomulgados, y menosprecian las censuras de la Iglesia; y aunque he procurado remediar estos daños, no he podido. Ven á los ojos el castigo de Dios, pues ha dos años que el Cielo se ha cerrado, y les ha negado las lluvias necesarias, y con todo esto se están en su pertinacia, determinando dexar, y desamparar la tierra, mas no sus culpas, y el reconciliarse con la Iglesia.

Consoló con amorosas palabras el Siervo de Dios al afligido Obispo, y fuéronse juntos al Palacio. Era hora de comer, y sentados á la mesa, oyóse una campana. ¿A qué tocan? preguntó nuestro Venerable Padre. Padre, dixo el Obispo, algunos años há que pasando por esta tierra un Religioso de Santo Domingo, les enseñó á que todos los dias rezasen la Salve á nuestra Señora, y tocan, para que se junte la gente á rezarla. Al punto se levantó, y pidió licencia al Obispo para ir á predicarles; y aunque el Obispo le dixo que sería casi imposible el hacer fruto en aquella gente, porque estaban contumaces en sus culpas, no obstante, fuese á la Iglesia, y subiéndose al púlpito, les hizo una plática con el fervor, y espíritu que solia. Dixoles que Dios lo habia traído á aquella tierra para darles remedio á la salud de sus almas, y para que consiguiesen el agua que deseaban para la fecundidad de sus campos. Uno de los oyentes le dixo: Padre, ahora no es tiempo en esta tierra; quando era tiempo, no llovió, ahora que no lo es, no esperamos el que llueva. Fervorizado el Siervo de Dios, les dixo: Hijos, Dios no está atado á los tiempos, puede hacer que llueva quando quisiere, y como quisiere. El remedio que os traygo, es el